

IN MEMORIAM

IGNACIO HERNANDO DE LARRAMENDI

LARRAMENDI, CARLISTA

Manuel de Santa Cruz, Historiador.

Escribir de algunos aspectos carlistas de una persona exige advertir previamente que el Carlismo es una segunda naturaleza que se tiene o no se tiene, pero que es global; sólo se puede fragmentar a fines de ordenar una exposición, pero entonces hay que aceptar que quedará mucho por decir. El Carlismo es una «weltanschauung» o concepción del Universo conformadora de una manera de ser, que en Ignacio era fácilmente identificable. Un primer ejemplo, tomado al vuelo, del Carlismo de su personalidad era la naturalidad y frescura con que públicamente declaraba ante auditorios expectantes, no siempre adictos, que él era católico. Otros católicos de otros talentos políticos, o eluden la cuestión o la resuelven con circunloquios de términos incomprensibles para quienes no están en el secreto de su liberalismo.

El gran psiquiatra alemán Von Weisecker decía que hasta después de una primera conversación de dos horas no empezaba a enterarse de cómo era una persona. Cualquier español es más rápido, y además, Larramendi transparentaba su talante carlista ya en el primer cuarto de hora de trato. Por su parte, en dirección contraria, era un buen «conocedor de hombres», y esto le dio grandes éxitos silenciosos en la selección

y formación de un excelente plantel de colaboradores para sus empresas.

Reflejos carlistas en Mapfre.

De aquí nace uno de los importantes reflejos de Carlismo que proyectó sobre Mapfre: el reclutamiento de empleados y directivos en las filas carlistas cuando la valía profesional del candidato estaba al menos al mismo nivel que la de sus oponentes. No se trataba de convertir esa gran empresa en un discreto asilo para personas que naufragaban en otras profesiones, sino de utilizar esa previa afiliación para mantener o establecer después con sus colaboradores una empatía o contagio de talante semejante, el cual potenciaba desde fuera dándole un nombre, el de «mapfristas», neologismo de su invención. Un alto porcentaje de los que estaban a sus órdenes fueron amigos suyos, que admiraban y secundaban sus técnicas de gestión, y además le querían y estaban agradecidos.

Otro rasgo tradicionalista de Mapfre es la concreción del Principio de Subsidiariedad. La mayor parte de la vida de Ignacio Hernando de Larramendi, y el despegue de Mapfre hacia una gran empresa, coinciden en el tiempo con

la época de Franco. Éste empezó su gestión política y extra militar conformando un Estado totalitario, quizá por prudente mimetismo de la moda europea. Al declinar ésta fue evolucionando hacia una mayor libertad económica, pero conservando un recelo frente al liberalismo económico cuya crisis se encontraba entre las causas múltiples de la Guerra Civil. Como pieza intermedia ecléctica, entre el estatismo totalitario en deshielo y el liberalismo económico rugiente, creó el Instituto Nacional de Industria, el INI, para hacer los malos negocios que el capital privado *no* se atrevía a acometer y que, sin embargo, eran necesarios para la sociedad. Cuando resultó que algunas empresas del INI no eran tan malas, sino rentables, bien que con el apoyo oficioso, entonces algunos economistas liberales clamaban por el Principio de Subsidiariedad, que es uno de los pilares del Derecho Público Cristiano y, por ello, del tradicionalismo. La cuestión se centraba en si el INI infringía, o no, el Principio de Subsidiariedad, es decir, si se entrometía en la iniciativa privada.

La respuesta de los seguidores del INI bien pudo haber sido que si hubiera habido disponibles muchos capitanes de empresa como Ignacio Hernando de Larrañendi, entonces, sí, el Principio de Subsidiariedad hubiera quedado malparado, pero como no los había, quedó a salvo. Él hizo realidad visible la gran consigna tradicionalista «más Sociedad y menos Estado».

El gran test de la jubilación.

Mirados superficialmente, sus largos años en Mapfre tuvieron algo de vida oculta desde el punto de vista carlista. Pero aun dejando a un lado los reflejos carlistas señalados, queda evidente que cuando llegó el gran test de la jubilación el escondido embalse de su espíritu reventó en otra forma más explícita de servicio a sus ideales, que fue la creación de una constelación de fundaciones. Es frecuente, incluso aun en el estamento militar, que algunos que se

han pasado la vida alardeando de patriotismo, cuando les hacen dejar la situación de actividad y sus emolumentos sin adquirir otros, ya no hacen nada gratuitamente por esa España que llenaba sus bocas. Larrañendi se situó en las antípodas de esos simuladores despreciables. Como otros, que también los hay, gracias a Dios, vio en la jubilación, en su caso voluntariamente anticipada, la gran oportunidad de hacer «cosas» que no había podido hacer antes. Algunas de sus fundaciones se detallan en uno de sus últimos libros, principales, *Así se hizo Mapfre*. Otra vez, más Sociedad y menos Estado. Así, hasta el final. Yo le vi por última vez, poco antes de su fallecimiento, tocado ya de una palidez



sospechosa, en la presentación de su libro, *Así se hizo Mapfre*, en la Gran Peña madrileña. Allí se desvivía por conversar con todos, no banalmente, sino operativamente, como un gran jefe que da órdenes de batalla. Aún en su lecho de muerte resplandece su pasión por servir a la Religión y a España. Pocos saben que, plenamente consciente de su situación, llamaba a su vera a su hijo Luis y a Miguel Ayuso para dictarles desde la cama, que ya no abandonaría, los detalles de ejecución de nuevos proyectos culturales tradicionalistas.

De los tiros a los libros.

Expongamos ya algo del núcleo puro, duro y poco atendido por los grandes medios de comunicación social, de Larramendi, carlista. Es necesario hacerlo, y ojalá muchos y mejores que yo sigan haciéndolo, porque con tanto hablar, merecida-

Ignacio Hernando de Larramendi vistiendo el uniforme del requeté.



mente, de su gestión en Mapfre, se nos ha quedado un poco como en segundo plano, y no es así, sino al contrario, como ya antes he insinuado.

Bien joven, antes de la guerra, ya se batía físicamente en las calles de Madrid contra los rojos. A ellas volvió a batirse después contra sus sucesores. Fracasado parcialmente el Alzamiento del 18 de Julio por culpa del Ejército, empezó la Guerra Civil, y al frente se fueron los Larramendi, Manolo e Ignacio, no como los jóvenes, que los hay cobardes, sino como los valientes, que son pocos. Terminada la Cruzada, y sin solución de continuidad, le vemos en su Madrid natal dinamizando la Academia Mella, que era un foco de propaganda carlista camuflado en la semiclandestinidad.

A partir de aquí se puede seguir en él una idea, precoz y enraizada, que preside y rige, como un manantial, toda su actividad carlista. Es la comprensión, hasta lo más profundo, y la más alta valoración, de la importancia que tiene la cultura como una prepolítica obligatoria y como elemento de formación de personas. Dentro de la cultura, la historia. A continuación del servicio perentorio de las armas en la línea de fuego con los Tercios de Requetés, un intento de explotación de la victoria militar con la cultura tradicional de España.

Hay aquí que hacer una precisión, desagradable pero imprescindible, para la valoración correcta de la obra de Larramendi en cuanto, nada menos, que de salvamento de la historia política contemporánea del Carlismo. Al triunfo de las armas de los Tercios de Requetés, en los que había militado, siguió la cruel paradoja no solamente de un apartamiento de la ideología política tradicionalista por parte de otros componentes de la España Nacional, aliados desleales, sino además, en ocasiones tan numerosas que la hicieron significativa, una directa y abierta persecución de sus símbolos y de sus más representativos servidores. Los que después de la guerra, y aun algo antes, monopolizaron la explotación política de la victoria militar, entendieron la enseñanza

de la historia como un instrumento de propaganda política y llenaron los textos obligatorios de segunda enseñanza de referencias a Falange, con total y escandaloso silenciamiento de cualquier referencia al Carlismo. Varias generaciones de españoles no tuvieron por la vía oficial la menor noticia de la existencia del Carlismo, y otras las tuvieron desfiguradas y minimizadas.

Rellenar esta enorme sima, sanear este marjal de aguas envenenadas, era absolutamente imprescindible para que el Carlismo pudiera después de Franco continuar una actividad política coherente. Es curioso que otros grupos políticos distantes, marxistas y anarquistas, que padecían carencias semejantes, en cuanto se legalizaron después de la muerte de Franco, se volcaron apasionadamente a reconstruir la parte silenciada de su historia. Larramendi salvó y sigue salvando la del Carlismo, principalmente mediante la Fundación que lleva su nombre.

La Fundación Hernando de Larramendi.

Es la más específicamente carlista de las que Ignacio alumbró. Es benéfico-cultural y entre sus fines está el impulso de estudios de la influencia histórica del Carlismo en la sociedad. Dedicarle aquí unas líneas sería injusto y malo, porque sus logros, que continúan, lo que están pidiendo es un libro. Solamente me referiré a tres de estos logros, por orden cronológico, pero insistiendo en que son muchos más los libros de temas carlistas que gracias a ella han podido ser editados y enaltecidos por sus premios.

Apuntes y documentos para la historia del Tradicionalismo español, 1939-1966. En este mismo asunto tengo yo una inmensa deuda de gratitud que aquí encuentra su lugar preciso para ser reconocida. A falta de capacidad para una creación ideológica tradicional original, me dediqué al más modesto menester de recopilar las de otros en aquellos años, bajo el título de este párrafo. En cuanto el cambio político lo permitió, inicié su edición, tomo a tomo, a mis expensas y con aportaciones económicas de algunos

pocos, muy pocos, amigos. El discretísimo y habilísimo, pero eficazísimo, boicot que sufrió esta edición por parte de «amigos y correligionarios» que desde nuestras propias filas serían a otras organizaciones e intereses, llevó a la extenuación económica a esta publicación poco después de cruzado su ecuador. La ayuda económica cuantiosa, oportunísima y generosa de Ignacio Hernando de Larramendi la sacó del estancamiento y permitió coronarla. Hay datos objetivos que alejan cualquier sospecha de subjetivismo vanidoso, de que ha sido el primer remedio y uno de los más importantes de la falsificación, cuando no del silenciamiento absoluto, del Carlismo «underground» en la época de Franco. Gracias, otra vez, Ignacio.

La obra de don Luis Hernando de Larramendi y Ruiz. El servicio de Ignacio al Carlismo en su cultura se cumple espléndidamente en el relanzamiento de la figura y de las ideas políticas de su padre, don Luis Hernando de Larramendi y Ruiz, activísimo tribuno tradicionalista, secretario político del rey don Jaime III y figura eminente en la historia política de la primera mitad del siglo XX. Reprodujo en diversas ocasiones y oportunidades lo mejor de su padre, como avance de la publicación de una antología exhaustiva de aquella obra, cuyos cimientos ha dejado ya puestos.

Especial recuerdo merece la reedición pertinaz, directa e indirecta a través de mecenazgos ocultos, de las gestiones de alta política que condujeron a la aceptación del borrador, que él hizo, para el Real Decreto que el rey don Alfonso Carlos otorgó el 23 de enero de 1936 instituyendo la Regencia para su sucesión. Aquello fue un hito en la historia de la España contemporánea, y un paradigma de hasta dónde puede ser fecunda la clarividencia y la intuición de una situación política.

Agotada la sucesión biológica de la Dinastía Legítima en el rey don Jaime III, pasaron sus derechos monárquicos a su tío, el infante don Alfonso Carlos de Borbón y Austria Este, hermano de su padre el rey don Carlos VII, octogé-

Larramendi en una manifestación convocada por la Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas.

nario y también sin descendencia. La proclamación de la Segunda República y su fisonomía y desarrollo hacían más angustiosa aún la situación y favorecían poderosamente el proyecto de una delegación de los derechos sucesorios en la rama usurpadora, liberal y democrática. Que tal trasvase hubiera sido ruinoso para la Religión y para la Patria se está viendo con evidencia insuperable en el día de hoy. Don Luis lo vio mucho antes y con menos indicios que nosotros, y con la decisión y la velocidad que acreditaban su entusiasmo y generosidad, procedió a cerrar el paso a aquellas maniobras de la Revolución, presentando la Regencia como salida de aquella crisis en vez de la desnaturalización y muerte del Carlismo que hubiera sido el reconocimiento de la rama Isabelina.

La obra de don Rafael Gamba Ciudad. Otro cuerpo doctrinal de primera categoría del tradicionalismo español contemporáneo es la obra de don Rafael Gamba Ciudad. El salvamento de sus libros y de los cientos de sus artículos en un CD-Rom fue señalado por su gran amigo

Ignacio Hernando de Larramendi en los últimos tiempos de su vida como objetivo prioritario para la Biblioteca Virtual de Pensadores Tradicionalistas que ha iniciado la Fundación Hernando de Larramendi.

En el momento de su primera publicación, la triunfal acogida que merecían ha sido parcialmente ahogada por el progresismo ambiental que preside una de las mayores crisis de la Iglesia. Ésta, y correlativamente España, pasan una «noche oscura del alma». Pero esto pasará, y para el día de la Resurrección, Larramendi ha dejado la obra de Gamba a punto para ser exhumada y derramada fecundante en la nueva España.



No sé cómo terminar, porque ¡queda tanto por contar! Parafraseando a José Antonio Primo de Rivera, digo: Que Dios dé a Ignacio Hernando de Larramendi el eterno descanso, y a nosotros nos lo niegue hasta que salvemos, nuevamente, a España.

La prepolítica o la afirmación de convicciones y principios

Jesús Tanco Lerga, Historiador.

Se nos ha ido don Ignacio, eslabón de la cadena de los Larramendi, compuesta —como él decía— por sagas de Ignacios y Luises que continúa una labor intensa de afirmación de convicciones y principios. Plumas mejor preparadas que la mía, glosarán la vida y obra de este emprendedor incansable de iniciativas sociales que ha forjado una empresa —algo más que una empresa— tan modélica como Mapfre. Hablé con don Ignacio en un par de ocasiones con motivo de actos propios de la fundación de su apellido; en la segunda de ellas, era la presenta-

ción del libro de Juan Carlos Peñas y que mereció el premio anual, me impactó la sencillez y rotundidad de planteamientos ante la vida pública nacional. Era un hombre sin complejos, es decir, auténtico y leal al anclaje de sus principios, y era una persona que sabía vivir y moverse en el mundo cambiante que le tocó vivir, de tal modo que nunca pudo ser etiquetado de desfase alguno, de estar en otra época o de ser «antiguo». Ésa es la impresión que me dio y que he visto reforzada por testimonios de personas que lo conocían íntimamente. Así era don Ignacio. Así aparece reflejado en su libro *Así se hizo Mapfre. Mi tiempo*, que a todos pido que lo lean de vez en cuando porque además de documento interesante es un ramillete de páginas que reflejan la trayectoria limpia y diáfana ante su vocación personal y profesional.

El valor ejemplar de su actuación y del que debemos extraer consecuencias o, mejor, máximas para actividades enmarcadas en la

mejora social, se mueve en lo que yo llamo la Prepolítica. Aquel plano de confrontación ideológica donde se ponen en juego no ya aspectos del acontecer inmediato, de la aplicación de medios económicos contemplados en los presupuestos generales, del gobierno concreto o cotidiano de una comunidad, sino de un conjunto de principios que informan esa actividad pública, situados, por tanto, en un plano superior. Cuando en un foro político se discuten o votan temas relativos a la defensa de la vida, a los principios de actuación moral, a la ética, a la dignidad fundamental de la persona, no se está hablando estrictamente de política, sino de algo más importante que la mera política en la que la libertad de las personas con fe pueda actuar de modo plural, opinable y perfectamente discutible.

Desde la fe de nuestros mayores se puede entender la frase evangélica de «Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que



es del César». En las obligaciones del ciudadano con el César, es decir, con la institución política, valga la simplificación, la libertad y, por tanto, la responsabilidad personal es el valor fundamental que ha de guiar la actuación pública sujeta a variaciones según las diversas circunstancias. Sin embargo, cuando las cuestiones que se plantean en los órganos representativos de la Política institucional sean de orden prepolítico: ética fundamental, defensa de la vida, afirmación radical de la vida humana portadora de trascendencia y otros por el estilo, la coherencia personal de lo que uno piensa o vive ha de primar sobre todo condicionamiento o disciplina de la organización política a la que se pertenece.

Hoy en día los políticos que nos representan tienen a menudo que enfrentarse a temas que trascienden las cuestiones políticas que puedan contenerse en los postulados de partido, de programas electorales o del legítimo

juego democrático. Los políticos —a cualquier escala de representación popular— se encuentran ante problemas de conciencia por cuanto se someten a deliberaciones y posterior votación, estas cuestiones prepolíticas. Ahí es preciso invocar la cuestión de conciencia.

Se ha regulado la objeción de conciencia en lo relativo al servicio militar ya finiquitado como obligatorio o general; también las profesiones médicas tienen perfectamente claros los ámbitos en los que pueden invocar la objeción de conciencia ante situaciones en las que puedan ser obligados a actuar en contra de sus principios éticos; en la profesión periodística existe, por ejemplo, la cláusula de conciencia por la que el periodista tiene una defensa ante la vulneración de su derecho personal a profesar sus convicciones morales y que no sean éstas forzadas por la empresa o directores de medios. ¿Y los po-líticos?

Muy pocas veces respecto a las que sería necesario, se establece en temas llamemos de principios éticos o, según mi terminología, prepolíticos, la consideración de que se debe actuar en conciencia, sin disciplinas de partido u otra coacción directa o indirecta sobre el ejercicio de la palabra o el voto. Se me podrá decir que el voto puede ser secreto, o lo es cuando alguien lo solicita; que los partidos no pueden llegar a controlar la libre decisión de sus representantes; o que en los foros institucionales se puede debatir lo divino y lo humano. Yo abogo desde aquí por la distinción clara de la política y de la prepolítica. Y cuando esta última esté sobre el tapete, se puede invocar por los políticos profesionales la cuestión de conciencia. Determinada ésta, todos y cada uno deben ser coherentes con sus convicciones y principios, que han de ser afirmados coherentemente y sin complejos, con libertad y con responsabilidad personal, en conciencia.